



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



| | |
|-----------|----------------------|
| FONDO | BEATRIZ DE LA FUENTE |
| SERIE | 006: DIFUSIÓN |
| CAJA | 017 |
| EXP. | 129 |
| DOC | 0001 |
| FOJAS | 6 |
| FECHA (S) | 2002 |

ESCUDO SOLAR Y ALBERTO RUZ L'HUILLIER: LOS GRANDES
DE PALENQUE

Beatriz de la Fuente
Investigadora Emérita del
Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

Lic. Pablo Salazar Mendiguchía, Gobernador Constitucional del estado de Chiapas; Sra. Sari Bermúdez, Presidenta del CONACULTA;

Lic. Gonzalo Alarcón, Director General del Servicio Postal Mexicano;

Etnólogo Sergio Raúl Arroyo, Director General del INAH.

Queridos amigos, habitantes de Palenque, invitados nacionales y extranjeros que nos distinguen con su presencia:

*Reconstruir el pasado obedece a un impulso inherente
a la condición humana: el anhelo de conocer.*

Alberto Ruz L'huillier

(“Sentido humano de la arqueología”, 1944: 113)

Representa para mí un honor singular dirigirme a ustedes a nombre de mis compañeros, los miembros del Consejo Asesor de la Cuarta Mesa Redonda de Palenque. Lo es también haber tenido el privilegio de hallarme entre las primeras alumnas de uno de los más grandes arqueólogos mexicanos: el doctor Alberto Ruz L'huillier, hacia quien siento una enorme gratitud por haber dirigido mi tesis de maestría sobre *La escultura de Palenque*. Y es asimismo un motivo de regocijo el hecho de celebrar, en esta ocasión, el

quincuagésimo aniversario del descubrimiento de la hoy afamada tumba del Templo de las Inscripciones.

Era el año de 1949. El maestro Ruz trabajaba en la cámara interior de dicho Templo con la intención de localizar alguna subestructura, según expresó en diversas ocasiones (Ruz, 1970: 110). Advirtió, como lo habían notado antes otros arqueólogos, que una de las losas de piedra del piso tenía doce orificios con su tapón correspondiente; pero a diferencia de quienes le precedieron, y movido por su incansable curiosidad, procedió a quitar los tapones. Descubrió entonces que el muro continuaba hacia abajo, y que existía en el lugar un relleno de piedras y tierra; una vez que removió este relleno, se dio cuenta que se encontraba precisamente en el arranque de una escalera abovedada que descendía al corazón del edificio. Sin embargo, aún no tenía idea de cuanto le esperaba ahí.

Fueron necesarias cuatro temporadas, es decir, dos años de incontables esfuerzos, para extraer todo el relleno. Los integrantes del equipo de trabajo liberaron de este modo una escalinata de dos tramos que los condujo a un descenso de veinticinco metros de peldaños. Llegaron así a una especie de descanso o pequeño corredor y al terminar éste, en el muro del fondo, se toparon con una ofrenda colocada dentro de una cista. Al otro lado de este muro encontraron los esqueletos de seis jóvenes que yacían junto a una losa triangular a modo de puerta. Dudoso de que la construcción albergara estos hallazgos solamente, el arqueólogo decidió entonces mover la puerta de piedra. Ésta giró por primera vez, después de mil doscientos años, el 13 de

junio de 1952, y a la luz de las lámparas de mano, Alberto Ruz vio, según lo narra él mismo:

...una espaciosa cripta que parecía haber sido tallada en el hielo, ya que sus paredes estaban cubiertas por una capa calcárea brillante; numerosas estalactitas colgaban de la bóveda como cortinas, y gruesas estalagmitas daban la impresión de enormes velas (1970: 111)

Casi al centro de la impresionante cámara abovedada y ocupando buena parte de su extensión, destacaba una especie de “altar” sin equivalente conocido en el mundo maya. El maestro Ruz lo consideró como tal en un principio, pero pronto se percató de que en realidad se trataba de un gigantesco sarcófago, en donde reposaban los restos de un mortal deificado, a quien nombró 8 *Ahau*, de acuerdo con el día de su nacimiento.

La elaborada cubierta del sarcófago, de complejo relieve, es uno de los testimonios artísticos de mayor trascendencia universal: es la representación sublime del ahora llamado por los especialistas el Gran Señor Pakal II, que sale a la luz de las mandíbulas del Inframundo. Del vientre del gobernante brota la Ceiba Sagrada, el *Axis Mundi* del cosmos maya y la vía regia por la cual asciende al mundo sobrenatural.

El sarcófago monolítico fue tallado en sus cuatro caras, las cuales muestran diez figuras que surgen de sendos árboles afincados a la superficie de la Tierra. Estas figuras pueden ser identificadas por sus propias cláusulas

jeroglíficas: son los padres y cinco antepasados de “Escudo Solar” (nombre acuñado en 1959 por Heinrich Berlin, de quien también tuve la fortuna de ser alumna). Todos ellos están reproducidos en los muros de la cripta en delicados relieves de estuco, sumando nueve imágenes ricamente ataviadas, y en cuyas manos aparecen el “cetro maniquí” y el escudo con la figura del Dios Sol del Inframundo, insignias ambas del poder terrenal y sagrado.

Bajo el sarcófago, Ruz encontró los magníficos retratos de estuco que representan tanto a *mah k'ina* Pakal II como a su esposa, la señora Ahpo Ts'ak –los nombres propios aquí mencionados devienen de supuesta traducción de la lengua chol-. Más tarde el sarcófago reveló su contenido: el esqueleto completo del décimo tercer gobernante de Palenque, su mortaja e innumerables joyas. Por la cantidad y calidad de las obras artísticas, la diversidad de ofrendas y la magnificencia del sepulcro, puede decirse que ninguna tumba en Mesoamérica se le equiparaba.

Éste fue el panorama que Alberto Ruz L'huillier abrió al mundo entre los años 1949 y 1958, cuando se encargaba de las excavaciones auspiciadas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Al descubrir la que ha sido llamada “cripta real” del Templo de las Inscripciones, Ruz L'huillier revolucionó el concepto tradicional que existía entonces acerca de los basamentos piramidales de Mesoamérica: mostró que la finalidad de éstos no era únicamente soportar un templo que guardaba a la deidad, sino que eran también mausoleos, y de este modo se establecían paralelismos culturales con otros pueblos del mundo.

En la actualidad no resulta extraño localizar la construcción de una tumba en el núcleo de las pirámides mayas. Además, se han desarrollado otras disciplinas —y entre ellas, de manera excepcional, la epigrafía—, que han permitido extender la búsqueda del maestro Alberto Ruz, hoy en pleno cumplimiento. Así por ejemplo, se ha llegado a conocer casi por completo la dinastía de Palenque y de varias ciudades mayas, así como las relaciones que mantuvieron éstas entre sí y los hechos destacados de sus gobernantes y personajes principales. De este modo sabemos que —según los epigrafistas actuales- *k'inich janaab* Pakal II gobernó entre 615 y 683 d.C., y que nos legó uno de los más fastuosos edificios de toda la tierra maya: la “Gran Casa Rojo Paño Celeste” (*Chak Otot Chak Nuk Chaanil*) que en su momento albergaría su tumba, la “Casa Nueve Árbol” (*Bolon Te' Na'*). Tal parece que Palenque recibió el nombre de *Sakbak*, “Garza Real”, o de *Baakal*, “Hueso”, y que tuvo diversos lazos bélicos y de parentesco con sitios tan relevantes como Yaxchilán, Tikal, Calakmul, Toniná y El Tortuguero.

Diversas exploraciones y análisis han permitido que Palenque sea actualmente lugar de orgullo y de fama universal; no en vano la UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad. Y gracias a los esfuerzos conjuntos de las autoridades y trabajadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, hoy en día es posible conocer abundantes datos y asimismo proponer otras tantas interpretaciones, no sólo de Palenque, sino del área maya y de toda Mesoamérica. Esto lo debemos al trabajo de los expertos, tanto mexicanos como extranjeros, que colaboran directa o indirectamente y de manera constante con el INAH: la institución ha retomado felizmente la

compleja tarea que supone mantener la continuidad de las Mesas Redondas de Palenque, próximas a cumplir un cuarto de siglo.

Cuando Ruz L'huillier trabajaba en Palenque hace cincuenta años, los viajes eran arduos y fatigosos, no había carreteras y se llegaba a estos lugares a lomo de caballo o en un ferrocarril que paraba de madrugada, o tal vez, en el mejor de los casos, en avionetas contratadas especialmente. Es curioso que en el transcurso de media centuria la situación haya cambiado tanto, y que sin embargo, nada altere el hecho de que, hace más de mil doscientos años, Escudo Solar concibiera la idea de construir un monumento para perpetuar su memoria, una construcción de tal magnitud que nunca antes se había podido realizar en el mundo maya.

Si el décimo tercer gobernante de Palenque pudo cumplir sus sueños de grandeza y perpetuidad con la edificación de un mausoleo espléndido, Alberto Ruz realizó sus sueños de conocimiento, mediante esforzados trabajos arqueológicos.

Alberto Ruz, el espléndido arqueólogo, ha alcanzado ya un reconocimiento que trasciende las fronteras. Pero, en legítimo homenaje a la disciplina a la que dedicó su vida, nosotros debemos desenterrar su nombre de manera permanente, como se hace con los grandes, para impedir que el polvo del tiempo se acumule sobre su legado de acciones y de ideas.

Muchas gracias.

Junio 14 de 2002